



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL**El Porvenir**
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 15 DE DICIEMBRE DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

Viajes etéreos de la memoria

PREÁMBULO A UN CUENTO
OLGA DE LEÓN

No sé qué tienen estos días y sus acontecimientos que mi espíritu se ha inclinado un poco o un mucho hacia la melancolía. Serán las fechas, serán los sucesos que me hicieron pensar en la levedad de la vida, cuando pasamos por accidentes de los que nos salvamos —porque Dios es muy grande, dirían mis lindas amigas devotas— casi milagrosamente. Por la Gracia divina o por pura suerte, o porque aún no me tocaba irme, o porque ya me fui y no me doy cuenta que sueño y no vivo. No sé, no sé... Soy tan particular cuando escribo, que hasta los cuentos me parecen reales.

En cambio, sí sé que esos sentimientos no son buenos. Necesito superar la melancolía, recobrar el aliento, el entusiasmo y hacer como que nada pasa, o que eso, pasará muy pronto. Tienes que dejar de pensar en la muerte, me dice mi hija... Pero, eso cómo se hace, cuando una estudió Filosofía y ama a sus muertos y los extraña tanto, más por esta época del año...

Entretanto, creo que ya encontré una buena salida: dejar que el pensamiento y la pluma corran libremente por los senderos que ahora me tocan, me circundan y quieren abarcarme toda. No los dejaré.

Tengo fortaleza para levantarme y volver a la rutina, aunque sea bastante pobre para otros: pero es mía, es la rutina de mi vida: y a vivirla he de encaminarme: ¡Escribamos, pues!

DESEO CONCEDIDO
OLGA DE LEÓN

Ya con su pijama puesta, todas las noches antes de ir a la cama, la niña hacía una oración. Pedía a Dios que sanara a su mamá. La madre estaba postrada unos días en su sillón favorito, en el que se quedaba para tratar de dormir, cuando en la cama no lograba conciliar el sueño.

Hacia varias semanas que estaba enferma y no podía hacer casi nada. Se levantaba solo para acudir a realizar sus necesidades, lavarse los dientes (aunque no comiera), bañarse cada que tenía un poco de fuerzas o cuando muy seguido, cada tercer día, lo cual hacía con la ayuda de la enfermera que la cuidaba de día y de noche, y cambiarse de ropa...

Esa era la rutina, desde hacía más de dos meses, de la mamá de Lupita, quien también se llamaba María Guadalupe. Pero a ella, a la mamá, todos le decían doña Lupe, aunque a la mujer aún le faltaban varios años para llegar a los cincuenta, tal vez apenas si tendría cuarenta y dos.

Sobre esa casa había caído una especie de sombra que un día penetró por las ventanas y se quedó estacionada en el



cuarto de Lupe. La tristeza reinaba por todos los cuartos, subía por las paredes y se arrastraba sobre los pisos; a veces, incluso se la sentía resbalar por el barandal del segundo nivel y era como si allí también se hubiese negado a pasearse la alegría y la risa de los hijos que otra hora, otros días, habían sido la felicidad de la madre y de todos en casa.

Esa noche, mientras Lupita hacía su oración, una luz intensa, muy blanca y brillante iluminó su cuarto. Ella seguía orando, con la mirada puesta en el cielo de la casa, como quien quiere mirar más allá del techo interior... Y, esa noche lo logró, pues la luz no era otra cosa que la respuesta a sus constantes plegarias. Diosito, ¡al fin me has escuchado! Me has mandado un ángel para que sane a mi mamá, ¿verdad? O, es la Virgen que por fin me regresa la alegría y con ella a mi madrecita.

En la sala principal de la casa, en el salón más grande que en ella había, en medio, justo al centro, estaba un fèretro de caoba y cuatro grandes cirios encendidos junto a cada esquina de la caja. Una mujer había muerto la víspera de la madrugada, antes del amanecer, el último día que la niña se había quedado dormida en su cuarto rezando para que su madre sanara.

Entonces, al despertarse, vio esa luz brillante, y en su inocencia la entendió como la respuesta favorable de Dios a sus plegarias. Pero, no. Dios sí le respondió, sin embargo, no fue exactamente en la forma que ella se lo pidió. El destino estaba marcado, Lupe moriría y una niña se quedaría sin su madre.

Pasaron los días y Lupita palidecía un poco más cada noche, desde que su madre partió. Ella, fiel a su Fe y a su creencia inocente, siguió orando, ahora le pedía a la Virgen que resucitara a su

madre, porque ella moriría si no volvía a verla.

La Virgen se compadeció de la niña y una noche de otoño, justo un doce de diciembre Lupita subió al cielo. Como solo se había quedado dormida, no se dio cuenta de lo que le había pasado. Y cuando se despertó, solo atinó a decir: Virgencita, ¡no me fallaste! Allí veo a mi madre y veo que viene sonriendo... La niña quiso correr, pero no pudo. En cambio, sí pudo volar, como que le habían nacido alas la víspera de su muerte.

El rechinado de los neumáticos fue aviso tardío, un cuerpecito inocente quedó en el asfalto. Lupita era sonámbula, y rezando, rezando con los ojos cerrados salió de la casa y quiso cruzar la acera para abrazar a su madre que la vio venir a su encuentro: "Virgencita, no me fallaste...".

VACACIONES DE LA ABUELA.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

La abuela sabía que cuando sus hijos la llevaban de vacaciones con sus propias familias, siempre regresaba sana y salva a casa. Por eso aceptó, inmediatamente, cuando el menor le dijo que, ese verano, irían a la playa. Viajaron, como de costumbre, en dos autos, ella en la camioneta Ford familiar para ocho pasajeros de su hijo Rogelio, junto con sus dos niños, esposa y dos sobrinos.

El viaje de ida duró seis horas; pero la abuela llegó contenta a Acapulco. Bajaron con las maletas y se registraron en el hotel, vistieron trajes de baño, cargaron con sombrillas, botanas y refrescos, y se dirigieron al mar. El sol pegaba duro, como latigazo seco en la espalda. Destejía sus propios rayos al encontrarse con el agua, solo para redirigirlos contra los rostros de los bañistas.

Las familias permanecieron en la arena hasta el anochecer. Regresaron a sus habitaciones y cayeron rendidos en la cama. Durmieron como pedazos de lámina tirados en el pavimento.

Al amanecer, los niños fueron los primeros en despertar y levantarse, en ponerse sus trajes de baño y estar listos para el desayuno, el cual, una de las nueras iba preparando conforme la familia se sentaba a la mesa. Media hora después, nadie estaba ya en cama, excepto la abuela, quien no despertaba.

Nadie dio importancia al hecho, hasta que comenzaron a listarse para subir a los autos. Rogelio la descubrió recostada: La abuela no se movió, estaba tesa. Rogelio pidió ayuda a sus hermanos y ellos lo confirmaron: Había muerto. El mayor le marcó a un amigo abogado, quien le explicó la gran cantidad de trámites que debían realizar para trasladar el cuerpo de regreso.

"¿Y si nos la llevamos sin dar aviso?", preguntó el mayor. "Pues sí, pero tráigansela de prisa, sin parar". Entre los tres hijos de la abuela envolvieron el cuerpo en una sábana del hotel y la cargaron a la Ford familiar para ocho pasajeros. La colocaron en la parte trasera y la rodearon con maletas.

Partieron casi a medio día, y a las dos horas de camino, comenzó a sentirse el hambre, sobre todo entre los niños. "¿Nos podemos detener a comer?", preguntaron las nueras. "Los niños están muy inquietos". Soportaron el hambre una hora más, hasta que se toparon con un centro comercial en medio de la carretera. Ahí se detuvieron los dos autos.

Hallaron un lugar donde se servía barbacoa y ese fue el que eligieron. Taquearon con calma, poniéndole salsas roja y verde a sus rollos de tortilla y bebiendo refrescos de sabores. Comieron con calma: El asunto de la abuela los traía consternados, tristes y lentos. Pero finalmente terminaron con sus alimentos.

Al llegar al estacionamiento, vieron que algo no se encontraba bien. El lugar de la Ford familiar para ocho pasajeros, repleta de maletas en su parte trasera, no se encontraba donde la dejaron: su sitio lo ocupaba un sedán.

Buscaron entre otras filas de autos: tal vez Rogelio no había puesto atención al cajón de estacionamiento donde había parado la marcha. Y siguieron buscando... y siguieron. A la media hora comenzaron a comprender que posiblemente las maletas habían atraído a los asaltantes. Reportaron el robo a la policía; más no el cuerpo.

Luego de esas vacaciones, la abuela no regresó a casa: ni viva, ni muerta. El desconsuelo de los hijos y de los nietos rodó de regreso a la ciudad en un autobús de segunda. Las ganas de salir de vacaciones, nunca más volvieron para la familia de la abuela.

**Guillermo Samperio**

Nació en Ciudad de México, 22 de octubre de 1948, es un escritor mexicano, ha publicado más de veinticinco libros en su carrera entre los cuales destacan cuento, novela, ensayo, literatura infantil, poesía y crónica. Desde hace más de veinte años ha impartido talleres literarios en México y el extranjero. Ha sido incluido en múltiples antologías del país y del extranjero, ha sido traducido a varias lenguas, compartiendo antologías con Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Guillermo Cabrera Infante, Miguel Ángel Asturias, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Cristina Peri Rossi, Carlos Drummond de Andrade, Eduardo Galeano, Antonio Skármeta, Luisa Valenzuela, entre otros escritores de alto nivel. En la actualidad después de Julio Torri, Ramón Gómez de la Serna y Juan José Arreola, es considerado el mejor cuentista mexicano.

Es hijo de William Samperio Ruiz, músico, miembro del Trío Tamaulipeco de los Hnos. Samperio, además de director de la disqueras Orfeón y Dimsa. Desde niño tuvo contacto artístico por influencia de su padre, pues en casa se escuchó música popular y de distintos lugares del mundo. Cerca de su casa vivía su Tío Luis Burgos, barítono y pintor, y fue quien que lo acercó a las bellas artes como la ópera, la pintura y por supuesto la literatura.

En 1969 se incorporó a los talleres creados por Juan José Arreola en el Casco de Santo Tomás del IPN; impartido por Andrés González Pagés. Durante 3 o 4 años escribió una veintena de pequeñas historias y se retiró del taller llamado por la política de izquierda, casi abandonando la literatura. Un año después, el Mtro. Pagés lo llamó para pedirle textos para un libro, el cual sería publicado por el IPN. Era finales del 73 cuando Samperio vio una convocatoria para becas INBA-Fonapas y, como se tardaban en publicar el libro que se llamaría Cuando el tacto toma la palabra, su primera obra, escogió sus mejores textos y los mandó para la beca, la cual ganó, el maestro sería Augusto Monterroso.

En 1976 ganó el primer lugar del Concurso Museo del Chopo con el cuento "Bodegón" al convertirse tal museo de Historial Natural en Centro Cultural de la UNAM, en el mismo año. Un año después se llevó Premio Casa de las Américas, en la rama de Cuento, con el libro Miedo ambiente; sólo dos mexicanos habían ganado este premio Jorge Ibarguengoitia y Emilio Carballido. Años más tarde, en 1985, ganó el Premio Nacional de Periodismo Literario al Mejor Libro de Cuentos (Literatura), Comitán de Domínguez, Chiapas, 1988, con el Libro Cuaderno imaginario (Editorial Diana, 1991); además de que ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores del FONCA en 1994-2000 y 2007-2010 y Premio Instituto Cervantes de París dentro del Concurso Juan Rulfo 2000 de Francia, con el cuento "¿Mentirme?".

*ad pédem literae**Lo menos frecuente en este mundo es vivir. La mayoría de la gente existe, eso es todo.*

Oscar Wilde

Letras de buen humor*Las matemáticas no mienten, lo que hay son muchos matemáticos mentirosos.*

Henry David Thoreau

Guillermo Fadanelli

Corrupción, libros y ferias

La pelea cotidiana es capaz de fortalecernos durante un tiempo, pero finalmente seremos derrotados. Tener paciencia no es suficiente, ni ser prudentes o mesurados: cuando tienes que pelear en la arena común lo haces porque en ello reside la supervivencia y el derecho a una mínima tranquilidad. La pelea cotidiana se libra contra la corrupción, la barbarie, la usura, la majadería, el desprecio y abuso del poderoso, el cinismo del analfabeta.

Gabriel Zaid ha descrito los efectos de la corrupción en Arbitrariedades, uno de los artículos reunidos en su libro El poder corrompe (Debate 2019): "Respetar al que puede porque puede, aunque no tenga derecho, es prudente". Y continúa: "Tener razón no es suficiente para evitar el daño. Y, una vez sufrido, no siempre es bueno reclamar. Legalmente el atropellado tiene recursos para hacerlo. Pero, si no dispone de los otros recursos (tiempo, dinero, paciencia, palancas, acceso a los medios, abogados), lo razonable es quedarse con el daño. El pleito puede costar muchas veces más. Abundan los abusivos y la tradición mexicana es resignarse". En el mismo libro, Zaid propone medidas contra la corrupción. Todas son destacables y posibles, y varias de ellas incluyen la utilización de la web.

En un pueblo o comunidad pequeña es sencillo reconocer y ubicar a los maleantes y demás escoria, más en una ciudad de dimensiones extravagantes y desmesuradas como la nuestra no es tan sencillo. Y las redes sociales, capaces de



acortar distancias entre vecinos para evitar el atraco y denunciar a los hampones, amplían las proporciones de la urbe nacional a una aldea global donde, en buena parte, tales redes son utilizadas para asuntos de infinita trascendencia, como anunciar en público: "Estoy comiendo un pastel riquísimo". En la novela del escritor chino Dai Sijie, Balzac y la joven costurera china (a la que ya me he referido en esta columna), se lee: "Cada vez que me preguntan

cómo es la ciudad de Yong Jing respondo sin excepción con una frase de mi amigo Luo: Es tan pequeña que, si la cantina del ayuntamiento prepara buey encebollado, toda la ciudad olfatea su aroma". (Dai Sijie recibió el premio francés Femina, en 2003, por su novela El complejo de Di; ahora me entero de ello, pero no se preocupen, incluso algunos escritores premiados llegan a tener talento). Hay una paradójica relación entre el pequeño pueblo de Yong Jing y la gran urbe mexicana: el olor a buey encebollado de la cantina en el pueblito también se puede oler en nuestra gran urbe, puesto que en todos los rincones el aroma a corrupción y quema de bueyes se ha implantado desde las últimas siete décadas.

La medida o altura de una persona es su capacidad de comprender, habitar y disfrutar de un espacio que no le sea hostil. En las gigantescas aglomeraciones de extraños (sólo ligados por la geografía, algunas tradiciones, los códigos civiles y las redes virtuales de cualquier clase) uno tiende a la resignación y a la prudencia insólita. A causa de ello me complació haber participado en la Feria del libro Usado y Antiguo, de Guadalajara, que comanda con la destreza y hospitalidad apropiadas Pascual Macario. Allí se reúnen bibliófilos, impresores, propietarios de librerías de viejo, escritores y un público lector no necesariamente domesticado por la avidez de novedades (en esta feria nombres como el de Pedro Balli, Pedro Ocharte, Cornelio Adriano César, Enrico Martínez, Antonio Acevedo, Emeterio Valverde Téllez no

son desconocidos). A la FIL de la misma ciudad procuro no asistir cada año como a una misa (es una cancha demasiado grande para un delantero jubilado como yo), aunque su existencia es necesaria para reforzar la utopía de que el libro es aún importante en las grandes urbes y conviene al progreso sensible de sus habitantes.

Julio Ramón Ribeyro dijo, bien plantado, que "escribir es un acto complementario al placer de fumar". Yo le creo, aunque no fumo, pero me gustaría llevarlo a otro extremo: escribir y leer son actos complementarios al placer de beber. Pero esto es asunto de escritores, nada más. Alguna vez en la FIL me encontraba tan acabado y maltratado por las sustancias y mis vicios que dejé plantada a una rueda de prensa junto a un importante editor catalán, hecho que, aumentado por un chismerío de sirvientas, me valió un veto desleal a varias editoriales importantes de Europa. Nada que hacer, la fama no es nada comparado a unos buenos tragos en soledad y yo soy un escritor, no un palafrenero. Si Aristóteles privilegiaba los sentidos, y Platón el intelecto, como las formas primordiales del conocimiento; algunos escritores hacemos una mezcla de ambos vehículos. El tacto, la vista y la idea; el oído y la metáfora; el gusto y los conceptos. La pelea cotidiana por la supervivencia lo exige, y también Ribeyro y, en su momento, Roberto Moreno de los Arcos (1943-1996), bibliógrafo e historiador mexicano que, seguramente, estaría de acuerdo conmigo.